



BIBLIOTECA DE AUTOR

**YAMILA JUAN**

*Las huellas de lo que fuimos*

*Historias unidas por el viento*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**YAMILA JUAN**

*Las huellas de lo que fuimos*

*Historias unidas por el viento*



**EL GUARDIÁN LITERARIO**

# Índice

<i>Prólogo</i> .....	9
<i>Infelicidades</i> .....	13
<i>Razones desdeñables</i> .....	15
<i>Hilandera de lecturas</i> .....	17
<i>La Lita, la Doli y la Dorita</i> .....	21
<i>Los mandados</i> .....	25
<i>La “M” de Miguel</i> .....	29
<i>Suárez</i> .....	33
<i>La señora de la despensa</i> .....	35
<i>Radionovela, plantas y licores</i> .....	37
<i>Imagen radial</i> .....	43
<i>La hija mayor</i> .....	45
<i>Cara conocida</i> .....	51
<i>Dulce delito</i> .....	55
<i>La profesora de manualidades</i> .....	57
<i>Diálogo sin dos</i> .....	61
<i>La funebrera</i> .....	63
<i>Un borracho cantando</i> .....	69
<i>Pensamientos del Ángel solo</i> .....	71

## **Prólogo**

Aunque a nuestra vida actual pueda parecerle una simple ficción, existió un tiempo en que la lluvia caía fina sobre los patios del invierno lavando los dibujos del jabón blanco, y por detrás de las ventanas pesadas nubes lamían las calles de tierra. A unos kilómetros de allí se levantaba sobre la llanura la queja aguda del molino, las voces de la peonada y el repique metálico de las herramientas que las seguían y a lo lejos, algún mugido que dejaba de oírse por acostumbramiento y desaparecía invisible, adormecido bajo el sol. Todos esos sonidos de otra época se fundían en la tarde. Los años de sequía los campos se amarronaban y el polvo que subía y entoldaba el cielo se mezclaba entre los ruidos ensuciándolos a la vez, dejando un eco triste que parecía persistir por las noches arremolinándose en las duermevelas. Lo extraño no es el suceso en sí mismo (que aún ocurre), sino que era de la atención de toda la gente. Lo mismo sucedía al paso del tren, el resfriado de la almacenera, las solteronas, los velorios de verdad que duraban hasta el día siguiente, las luces finales de un farol contra la pared.

No importa seguir enumerando. Todo ese tiempo se ha ido ya de La Pampa. Pasa como el murmullo infinito de la escuela, la voz de la señorita o el eco de la campana que jamás volverá, los olores de nuestra casa de infancia y los cumpleaños con bonete en el patio hasta el final del día. No importa seguir enumerando. Si alguien se tomara la tarea de pesar el mundo verificaría cuánto hemos perdido. Ese parece el trabajo de este libro en su primera impresión, aunque resiste varias lecturas: esa nostalgia, los modismos de antaño, el rol de las mujeres en los promedios del siglo anterior en aquellos descoloridos pueblos rurales, su dicción, sus vestidos. Yo tengo para mí que todo se nos ha enseñado mal y ahora nuestro punto de observación está corrido. Lo sabemos todo de San Martín o del General Roca. ¿Pero qué sabemos de nuestros verdaderos semejantes? ¿No están ahí, en sus historias mínimas, los antecedentes de nuestra vida claroscuro; el hilo que une el collar de nuestros días? ¿Qué historia puede ser más incandescente a nuestro retrato que la de un hombre rural sentándose por primera vez ante un televisor? ¿O el brillo de unos zapatos nuevos en los pies de una niña de pueblo, y en cuya alma se grabaron las mismas impresiones que en todas las niñas del mundo? Un griego dijo que si vemos tierra, agua, aire y fuego es porque nuestros ojos están hechos de tierra, agua, aire y fuego, entonces ¿qué debemos ver sino los rasgos agolpados en los ratos más humanos y ocultos? ¿Qué importancia tiene esa historia fría y oficial de los libros de escuela? Lo que debemos hacer es averiguar

sobre aquellos asombrosos días ocultos bajo los granos de arena. Qué sería de nosotros si nos quitasen el viento que nos lleva y anima. Por último, y respecto a la autora que se inaugura con estas páginas, siempre tuve la sensación que la categoría y calidad de cada ser humano (y el libro que escribe), depende de la clase de cosas que necesita saber.

*Eduardo Senac*

Escritor



## *Infelicidades*

No había hecho otro mal que robar una gallina. Esposado y sujeto al oficial, veinte años menor, fue testigo de aquel encuentro en el ajetreo de un tren polvoriento y sudoroso. Enfrente iba ella con su madre. Intercalaba su mirada con los ojos del oficial y el esmerado ruedo de la pollera. El oficial conocía la injusticia a la que su oficio lo obligaba, pero agradeció el traslado de ese pobre diablo para conocerla.

Pudo averiguar su dirección. Ellas siguieron su viaje cuatro horas más hasta la estación del pueblo.

No hubo día en ese medanal en que Elvira no lo recordara y se ilusionara con verlo de nuevo... lo veía venir, a veces. Mientras cuidaba los chanchos, que no se pasaran de un cuadro a otro, levantaba la vista y estaba él, vestido de policía, afirmado en la tranquera.

La carta llegó a destino. La leyó el Hilario, quien decidió que su hermana más diligente no se iba casar. Y tuvo la insensatez de decírselo tarde, cuando los pedazos de papel ya no podían unirse por el viento maldito de la pampa de entonces.

## *Razones desdeñables*

Por una de esas contrariedades que uno sufre por lo menos una vez en la vida, como cuando al Rogelio, la noche más fría del año, se le metió el único mosquito sobreviviente en la oreja, dejándole un tic nervioso que le duraría desde el día de su casamiento hasta el día de su muerte; o como a la vieja Villanueva, que siempre se había resistido a subirse a una bicicleta, por considerarla un medio impropio para una mujer decente, y el día que lo hizo, vencida por una tentación insoportable, se le vio todo lo que llevaba debajo de la pollera cuando se cayó adelante del comisario, y desde entonces nunca más salió de su casa... Por esas contrariedades, después de tantos planes en secreto, el día que el Lisandro iba con mi medallita de oro en la boca para venderla y con eso comprar el pasaje del tren y mandarnos a mudar de este pueblo, tropezó y se la tragó.



## *Hilanderas de lecturas*

Un paraje de no más de 90 habitantes tenía un nuevo jefe de estación. Le había prometido a su reciente esposa una vida alejada de las rústicas tareas de los padres y los tíos. Lucía se sentía elegida y sentía también que su historia era más trascendente si imaginaba poemas cuando solamente veía cardos rusos por la ventana.

Nunca había sido de las mujeres que pretenden matar el tiempo. Ella pensaba que las abuelas no hacían todo lo que hacían sólo por trabajar abnegadamente para los demás, lo hacían también por aburridas. Cuando las le-tanías de las tardes les caían en la frente, el agobio las decidía a emprender labores como trenzar chala de maíz, juntar pasto puna para hacer escobas, escardar lana de oveja para rellenar colchones o bordar con sedalina el ajuar de las hijas, todo así... No es que Lucía abandonara los quehaceres de la casa, pero había más para hacer en el mundo que eso, pensaba ella. Y tejía mientras pensaba.

Un día en que el hilo se trenzaba con sus pensamientos en el corredor de la estación, mientras esperaba a su marido, una presencia enfrente eclipsó su atención.

Un paisano a caballo desde unos diez metros la miraba. Ella atinó a sonreír por miedo y le preguntó si precisaba algo. “Es usted la que precisa algo de mí en este pueblo”. Ella se paró alisándose el pelo y metió las manos en los bolsillos del delantal bordado para corroborar si tenía algo de dinero para darle. En su mente galoparon las historias de los matreros que pasaban por los pueblos robando señoritas e intentó que el pensamiento no se le notara en la mirada. “¿Qué vende?”, preguntó parada al lado del banco, frente al hombre, con la vía de por medio.

Él se sacó el sombrero y bajó la cabeza ocultando una sonrisa compasiva. Enseguida abrió un bolso que colgaba de la montura. “Le vengo a ayudar a entender a estos”, le dijo, y le mostró tres libros en abanico.

Lucía era una joven señora educada, pero ninguna de esas cualidades parecían ayudarla en esa situación. El extraño la encontró tan desarmada que no lograba articular una respuesta. El hombre comprendió la desazón y fue más explícito: “En este pueblo no hay escuela, pero igual se aprende a leer. Yo vengo cada semana a la estación. Si me permite, le ofrezco estos libros y me ofrezco cuando tenga algo que preguntarme”. Ella logró hacer un gesto de bienvenida, aceptó los libros, y de un momento a otro él se fue.

Cada tarde, desde entonces, en el largo corredor de los ingleses, hasta que la luz del día se apagaba y se avecinaba lento el tren, Lucía aprendió de Aníbal y Aníbal aprendió de Lucía. En cada conversación también hablaban Sartre

o Sócrates, Freud o el apóstol Juan, pero milagrosamente no entraban las voces de los aledaños, ni los comentarios de las primas hermanas, ni las promesas maritales.

El aviso de un nuevo traslado del marido no tardó en llegar y Aníbal no llegó a ninguna despedida. Dicen que Lucía no dejó de enseñar en cada pueblo al que llegó. Incluso salía a veces cruzando campo, con un morral de libros.



## *La Lita, la Doli y la Dorita*

La Lita cruzaba la calle de tierra después de comer, con su pollera tubular gris y el balde, para buscar agua al aljibe de Doña Amalia. Tenía como veinticinco años y era soltera, la excusa del agua le servía para sentirse importante, porque ella fue la primera que las había hecho fumar a las hijas del Octavio Quinteros. Dejaba el balde de loza floreada en la mesa del corredor, y entraba a la pieza muy seria, siempre, con la Doli y la Dorita, que ya a esa hora tenían regado el piso de la cocina.

Fumaban los cigarrillos rezagados, los que armaban con los papelitos que a los muchachos se les volaban de los bolsillos cuando se iban a la cosecha, con el tabaco que juntaban de la mesa y dejaban caer en el delantal después de que el viejo se armara los suyos, y otros que sacaban de tanto en tanto de los bolsillos de las camisas de sus hermanos antes de lavárselas.

La puerta de la pieza de don Quinteros no tenía picaporte, un ganchito de alambre que colgaba en el marco era la cerradura. Entraban sigilosas mientras los alacranes se escondían detrás de los baúles.

Una vez listas las tres, en la semioscuridad, se les encendía la mirada clavada en el primer cigarrillo que prendía la Lita, después se los ofrecía para que encendieran el que aferraban entre los dedos toscos. Y a la primera pitada, cada una ya en su lugar preferido, el éxtasis no las llevaba mucho más allá de la rutina de caras, voces y calles pueblerinas.

La Doli pensaba en la señora de Filipi, la directora de la escuela, que la había llevado una vez a la casa para que le limpiara porque iba a tener visitas y le pagó con una cartuchera que ella usó de cuarto a sexto grado y después le quedó para los hermanos. Bueno, en esa casa, que era la primera con piso de mosaicos que la Doli pisaba, encontró un tubito largo de plástico negro tirado atrás de un mueble, y ella le fue a preguntar a la señora directora si eso lo tiraba o qué, y entonces se enteró que eso era una boquilla de cigarrillos, y que esa era la única manera, así le dijo, que las mujeres podían fumar. Entonces se miraba la mano sosteniendo su rollito recién armado y sabía que nunca iba a ser como las mujeres que decía la señora directora.

La Dorita, que después se casó con Sepúlveda, pensaba en el baile del sábado, en cómo llegar, en cómo escaparse para ir, porque seguro esa tarde le iba a tocar ayudar al Saúl a carnear las ovejas que le habían vendido al carnicero, y necesitaba organizar cómo hacer todo rápido sin que nadie notara sus ganas de ir al baile, sin que nadie notara su ausencia en la cena.

La Lita, en el hijo de Leguizamón. No había otro en quien dejar perder los pensamientos.

Fumaban ahogadas por el humo y la risa sin largar. Al primer ruido apagaban en la tierra los puchos y los largaban por los barrotes de bronce de la cama matrimonial. Eran cuadrados y huecos y culminaban en un cono retorcido. Cuando escuchaban la primera tosecita de la vieja dormida en el sillón debajo de la parra, agarraba cada una su trapo y empezaban meta lustre a las patas o a las figuras angelicales aplicadas en el respaldar.

Doña Amalia las recantaba a palos por otras pava-das, pero nunca por eso. Amalia Quinteros, a las seis y media de la mañana, abría la ventana de su pieza de par en par y en media hora los paraísos le habían sacado todo el olor a cigarro que dejaban las chinitas malcriadas. Hacía la cama, donde el Octavio le recordaba por qué era bueno estar casada y sacudía las ramas de olivo puestas detrás del cuadro de Ceferino Namuncurá colgado a la cabecera. Regaba el piso de tierra con un rociador y pasaba la escoba de pasto puna para no levantar tanto polvillo. Y a las ocho menos cuarto, cuando la vieja fruncida de la otra cuadra, la señora de Filipi, pasaba con sus taquitos por esa vereda para ir a la escuela, le miraba los bronces resplandecientes, y la envidiaba, seguro la envidiaba... La Doli, la Dorita y a veces la Lita le lustraban muy bien la cama. Era bastante zorra la vieja.

